

pais del sol de donde son oriundos, y creen que un hombre desmontado nada vale, pero dadle un caballo y le vereis desafiarse al mundo entero. Yo mismo participo de esa preocupacion de nuestras razas; solo me creo valiente cuando me enseño sobre un corcel de pura sangre.

—Teneis razon, replicó Farax; pero tened en cuenta que mientras nosotros nos ocupamos en organizarnos, los cristianos harán lo mismo; y cada dia que ven pasar sin oír que nos acercamos á ellos, aumentará su valor y nos hará aparecer menos temibles á sus ojos.

—Nada debemos intentar, ni es prudente moverse de aqui, hasta que no sepamos el resultado de las expediciones de Josuf y de Aben-Rafi.

—Asi lo creo, dijo Ajem.

—Estad seguros, exclamó Farax, que esas columnas se pasearán sin ser hostilizadas por el pais que van á recorrer.

—Si eso es asi, no dudes que tendremos los caballos que nos hacen falta, que nuestro ejército se aumentará, y que antes de ocho dias habremos cercado la ciudad de Abderrahman.»

Imposible nos seria describir la alegría que se manifestó en los rostros de los tres personajes que discurrían sobre la comenzada campaña. Farax se sonrió con la esperanza acaso de acabar sus dias en algun magnífico palacio ó en el gobierno de alguna ciudad. Ajem volvió con doble energía á continuar su obra bajo el soplo tambien de alguna halagadora idea, que debia ser realizada con la conquista. En cuanto al príncipe, alma de la guerra y foco de donde partían las esperanzas de sus adictos, parecia complacerse con la felicidad que respiraban Farax y Ajem; y él mismo, de ilusion en ilusion y en ellas mezclado el recuerdo de la que lloraba en la casa del Renegado como un ángel entre nubes de oro y rosa, parecia haber llegado al último cielo del Alcoran. ¡Qué gratos pensamientos se resbalaban por su poética imaginacion; qué proyectos de ventura forjaba su amor! ¡Qué noches tan deliciosas se prometia pasar al lado de su amada, respirando las frescas brisas del Mediterráneo, que le recordarian los dias amargos en que desde la

opuesta orilla, sintiendo abrasarse sus pies, habia deseado volar al pais de sus antepasados.

Mientras esto sucedia en la tienda de campaña del príncipe, el campamento en general presentaba un aspecto digno de ser descrito. Nada diremos de las tiendas harto lujosas que algunos moriscos habian levantado cerca de la que ocupaba el príncipe, que se distinguia de sus vecinas por el gran estandarte que ondeaba sobre su cúspide. Los musulmanes eran amantes del lujo, y no de ese lujo que tan mezquinos hace aparecer á los pobres europeos, á pesar de su cultura y de sus adelantos: no se afanaban por tener todos los utensilios necesarios para la vida, ni se cuidaban de que estos fuesen cómodos y abundantes; les bastaba para creerse los mas felices del mundo dormir sobre una alfombra tejida en Túnez, tener al lado una buena arma damasquina, y oír los relinchos de un caballo de sangre africana. Nada de esto faltaba á los que habian acudido, con la gente que habian podido reunir, á ponerse á las órdenes del hombre predestinado que debia hacerlos señores del ameno pais donde habian nacido al ruido de las pesadas cadenas que arrastraban sus padres; y previendo que si el éxito de la guerra no les era favorable les sería imposible volver á los pueblos que habian gobernado como alfaquiles bajo el yugo de los cristianos, se cuidaron de llevar al campamento sus alhajas, sus armas, sus caballos, y los mas, temiendo por la suerte de sus mugeres, las habian llevado tambien á las montañas: muchas de ellas, de notable belleza, arrojaban miradas escudriñadoras á la tienda de Zelim-Almanzor. Escusado es el decir que entre aquellas moriscas no era difícil encontrar algunas tan ricamente vestidas como lo permitia la posición de sus padres mercaderes ó traficantes, que las habian engalanado con telas traídas de Damasco y de otras ciudades del Oriente, adonde habian ido á proveerse de géneros para sus almacenes.

En medio de este lujo, al lado de esta ostentación de lo superfluo, se veian cuadros de la mas espantosa miseria. Junto á la magnífica tienda levantada por un alfaquí, por un rico

mercader, ó por el descendiente de algun valí, se encontraban hombres descamisados que mostraban sus cuerpos medio desnudos, mugeres andrajosas, de crespos cabellos y sayas hechas trizas, que se acercaban á las tiendas de los ricos á recibir una limosna; grupos de chicuelos jugaban por todas partes, los unos cabalgando en largas cañas que les servian de caballos, y otros arrastrando los alfanges de sus padres, de los cuales se habian apoderado á favor del sueño que habia cerrado sus ojos despues de haber maniobrado en ejercicios militares durante toda la mañana. Veíanse tambien discurrir por el campamento vendedores de frutas y de aguas heladas, y por cualquiera camino de los que desembocaban en el valle donde se habia establecido el campamento, se veia llegar de vez en cuando alguna larga recua custodiada por gente armada que conducia raciones para los sublevados. Completaban el cuadro que vamos bosquejando varios pelotones de moriscos que con sus trages medio cristianos, medio musulmanes, y armados con los sables que habian recibido de Africa, se ocupaban con un interés verdaderamente patriótico en aprender los rudimentos de la esgrima para poder presentarse delante del enemigo.

No era el campamento de Zelim-Almanzor parecido en nada á los que él habia acostumbrado ver cuando habia estado en las campañas con Soliman, á quien los mismos cristianos habian llamado el *Grande* y el *Magnífico*, por haber elevado el imperio de Osman al mas alto grado de poderío, sin haberse valido jamás de la crueldad. Para encontrar algo semejante al cuadro que ofrecian aquellas tiendas, aquellas familias, que las unas nadaban en el lujo, rodeadas de ricos tapices, y las otras mendigan el alimento diario para su sustento; para formar una idea siquiera exacta del cuadro en general, con todos sus accidentes, con sus soldados armados, con sus caballos pastando, con sus niños jugueteando por todos los puntos donde encontraban un vacío para hacer sus cabriolas y sus diabluras, con sus mugeres, en fin, cuyos rostros divinos se veian en el interior de las tiendas, es preciso rasgar el velo de lo pasado, es necesario abrir los libros de la Biblia, y en la historia del pueblo hebreo

encontraremos algo que se parezca á lo que hemos presentado al lector, si se procura abrir el santo libro en aquellos pasajes en que se habla de las emigraciones del pueblo iniciado.

Zelim-Almanzor no era solo gefe de un ejército mas ó menos numeroso, no tenia solo que cumplir deberes militares. Como acabamos de hacer ver, mugeres, niños, ancianos, todo un pueblo en fin con sus alhajas, con sus ropas, con sus muebles mas preciosos, con sus ganados y con sus esperanzas, se habia puesto á su disposicion. No solo le habian llamado rey sus soldados; los niños, cuando le veian pasar, se arrodillaban; las mugeres abandonaban sus tiendas y le llenaban de bendiciones, y los ancianos alargaban sus arrugadas manos para bendecirle tambien llamándole Sahib-Kiran (1). Era indudable pues que Zelim-Almanzor tenia fundados títulos para llamarse ya rey del pueblo que se agrupaba á su alrededor. La victoria podia huir de sus banderas, los cristianos podrian en hora buena quedar vencedores, la cruz podria volver á ondear triunfante en Espadan como en Valencia; sin embargo, en la memoria de los que no sucumbieran en la lucha, viviria el recuerdo de Zelim-Almanzor, como vivia el de su abuelo Kalander-Zeit, que hacia cien años habia sido proclamado rey por los musulmanes valencianos, cuando confiando alcanzar su independencia formaron un ejército y siguieron al desgraciado pretendiente á quien el destino reservaba un cadalso en vez de un trono.

En el momento en que el docto Ajem daba por terminado su trabajo, y en que el príncipe habia salido de su oriental inaccion para examinarlo, un sordo rumor parecido al de una tempestad se esparció por el campamento. Oyéronse gritos estrafños, confusa gritería, y el príncipe, lo mismo que Farax, cuyo semblante habia palidecido, se lanzó fuera de la tienda para saber qué causa habia producido aquella alarma.

El campamento estaba en completo desorden. Todos habian abandonado sus tiendas, y hasta las mugeres se movian y gesticulaban de una manera singular. Los pelotones que se estaban

(1) Dominador del siglo.

instruyendo en maniobras militares, habían abandonado las filas, y desoyendo las voces de sus gefes se dirigían hacia una colina, en cuya cumbre se veían multitud de mugeres, ancianos y niños, que lanzaban gritos de alegría, y que agitaban sus manos para hacer subir más pronto á los que trepaban por el monte, deseosos de gozar del espectáculo más magnífico y más interesante que podía ofrecerse á los ojos de aquella gente.

«¡Es el ejército del Tuerto!

—¡Es el Tuerto!

—¡Trae más de cuatro mil!

—¡Y caballería!

—¡Es el héroe de Beñalguacil!

—¡Viva el Tuerto!»

Estos gritos, estas aclamaciones, que revelaban el entusiasmo de los moriscos y la proximidad del caudillo que tantas simpatías manifestaba tener entre los musulmanes valencianos, llegaron á oídos del príncipe, y se tranquilizó, esperando el momento de poder ver entrar en su tienda al que era objeto de tanta ovación por parte de sus adictos.

«Ya veis, dijo Farax, con qué entusiasmo es recibido.

—Estad seguro, añadió Ajem, que ese hombre puede servir de mucho, y antes de que llegue me atreveré á proponeros que le deis un mando importante.

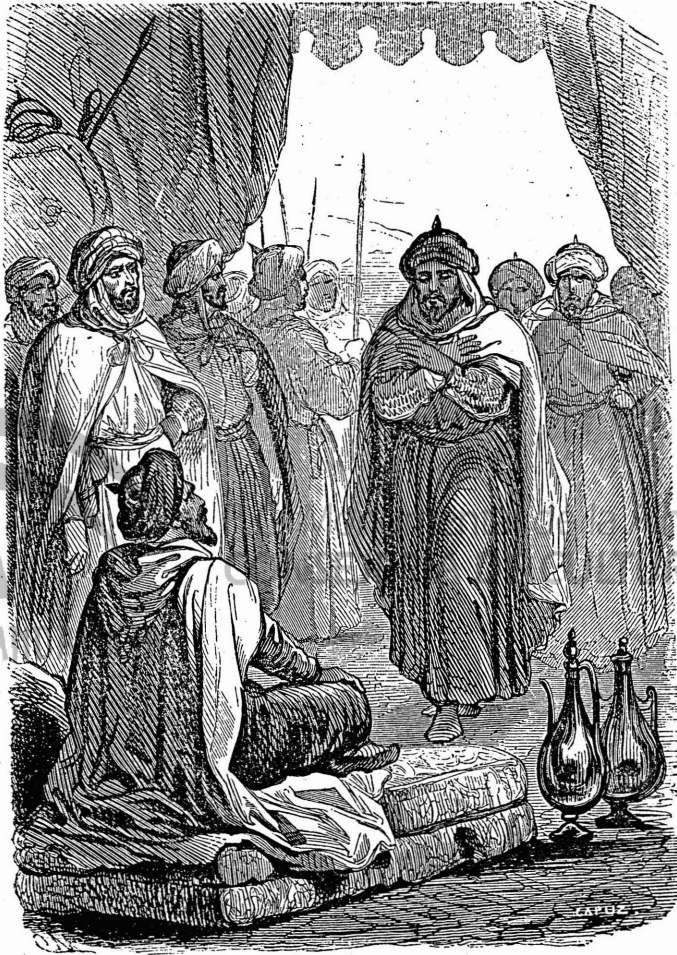
—Tendré presente tu consejo,» dijo el príncipe, que tenía en mucho los que solía aventurarse á darle el entendido musulmán que estaba á su lado.

Oyéronse tocar en aquel momento clarines y atambores, y mezclados con estos militares sonidos llegaron á la tienda del príncipe los que producían las sonajas y dulzainas con que los pobres moriscos saludaban al ejército que acababa de hacer alto en la dilatada campiña que se extendía á la falda de la colina en que estaban.

Farax, que no podía resistir los deseos de ir á gozar del espectáculo que admiraban sus correligionarios, había mandado echar la silla á su yegua, y no habían pasado de estos dos minutos, cuando él en persona, cansado ya de esperar, se

ZELIM-ALMANZOR.

(Lám. 4.)



encaminó á la barraca que servia de cuadra á su cabalgadura; pero en el momento en que se hallaba mas ocupado en apretar al animal con la cincha, llegó á sus oídos un rumor que venia de la tienda del príncipe, y que él juzgó seria producido acaso por la llegada del Tuerto.

Asi como lo habia pensado Farax, habia sucedido. Los breves minutos que ocupó en llegar á la barraca y asustar á su criado con cuatro ternos, fueron los que necesitó el Tuerto para llegar, merced á la velocidad de su caballo, ante la tienda de Zelim-Almanzor.

El príncipe no tardó en reconocerle. Si la gente que le seguia victoreando no le hubiera anunciado que él era el objeto de la revolucion que acababa de conmover el campamento, se lo habria indicado su rostro, en el cual se notaba la falta de un ojo.

El Tuerto se apeó de su caballo, que sea dicho de paso parecia de muy buena raza, y lo entregó á uno de los que le habian seguido hasta la tienda, montados tambien, y que parecian ser sus ayudantes.

Farax, que ya habia regresado á la tienda del príncipe, lo mismo que Ajem, que se habia colocado al lado de este, y que Sakfan, que estaba inmóvil como una estatua detrás de él, pudieron ver de cerca al héroe de Benalguacil, y su aspecto formaba un raro contraste si despues de observar su figura se fijaba la atencion en el traje que vestia. Era de alta estatura, ancho de espaldas, enjuto y colorado. El ojo que le restaba era tan negro, y su mirada tan aterradora, que la naturaleza parecia haber tenido particular cuidado en tenerle medio oculto debajo de las largas y pobladas cejas que cubrian el hueco del que habia sido destrozado por una bala cristiana, y el que aun le quedaba para mal de sus contrarios. Una barba crespa y gris rodeaba su semblante azafranado, y al paso que ella le hacia aparecer como fiel observador de las disposiciones del Alcoran, acababa de dar á su figura un aire de maton tan pronunciado, que sus mismos subordinados temblaban á su presencia cuando dejaba caer su cuerpo desgalichado hácia atrás.

apoyándose en su alfange; y levantaba su cabeza hasta mostrar en primer término su encrespada barba. El traje que vestía no podía ser mas raro ni mas estrambótico, y él hubiera acabado de hacerle ridículo á los ojos de todos si sus hazañas no hubieran hablado tan alto al alma que hubieran hecho olvidar el traje por el hombre y al hombre por el corazón que le engrandecía. Una marlotá encarnada, con adornos preciosos de filigrana, formaba diabólica armonía con los súcios gregüesquillos, cuya holgura le permitían moverse libremente, y con el súcio y desaliñado turbante que le cubría hasta las cejas, que por los lados ocultaba sus orejas, y que por detrás llegaba á descansar en sus hombros. Una ancha faja descolorida, un tosco alquicel y un alfange sin adornos, pero de buen temple al parecer, completaban el traje que vestía el Tuerto.

El príncipe, la verdad sea dicha, se sorprendió no poco de ver á aquel hombre, y jamás imaginacion ninguna sufrió mas duro desengaño que la suya al notar cuánta diferencia había entre el caudillo que él había concebido y el que se le presentaba delante; pero el Tuerto por su parte manifestó deseos de captarse el aprecio del príncipe, y con aire comedido y respetuoso hincó una rodilla ante él y le saludó haciendo una profunda reverencia y exclamando:

«Alá sea contigo, noble descendiente de Zeit.»

El príncipe le cogió por la mano, y obligándole á levantarse al momento, le dió una prueba de honrosa deferencia que el caudillo aragonés pareció agradecer en el fondo de su alma.

«Bien venido seais tú y tu gente á mi campamento, en donde hoy se reunen todos los que aman al Profeta, cuya ley se ve amenazada en este pais.»

—La fama de tus proezas ha llegado á mis oidos y ha alegrado mi corazon, entristecido por las desgracias de mis correligionarios y por el menosprecio de nuestra ley. Sé los auxilios con que cuentas, y no dudo de verte á tí rey de nuestro pueblo y á nuestro pueblo señor del pais.

—En ello confio, dijo el príncipe con tono solemne; por mi parte me hallo dispuesto á hacer cuanto quepa en las humanas

fuerzas; y Alá, á quien frecuentemente hago oracion, hará lo demás, infundiendo el miedo en mis contrarios y el valor en mis soldados.

—La idea de la guerra está en las cabezas de todos; y el temor de verse espulsados si no se convienen á recibir el agua del bautismo y á cerrar sus mezquitas, les ha obligado esta vez á buscar en la lucha un medio de salvacion. Los pueblos moriscos, como tambien aquellos que aun observaban la ley del Profeta, se han pronunciado en favor de la guerra, y lo mismo los ancianos que los hombres de mediana edad me han seguido á estas montañas. La columna que acaba de acampar á la falda de aquel montecillo, es la vanguardia de un ejército que llegará esta noche, compuesto de mugeres, niños y ancianos décrépitos, que traen consigo sus alhajas, sus ropas, sus bestias, sus ganados, todo lo cual viene á ser puesto bajo el amparo de tu alfange libertador. ¡Desgraciados de ellos si fuésemos vencidos!»

El príncipe pareció conmoverse al oír la consideracion que acababa de hacer el Tuerto, y viendo al mismo tiempo que alrededor de su tienda se agrupaban las pobres familias de los moriscos como esperando todo su bien futuro de sus resoluciones, exclamó:

«No defraudaré las esperanzas del pueblo que confia en mí.»

Y al decir esto, los ojos del príncipe brillaron de una manera tan significativa, que Ajem y Farax miraron al Tuerto para ver el efecto que la protesta de Zelim-Almanzor habia causado en él.

«Mi rey y señor, exclamó el Tuerto, sintiéndose fascinado por la mirada de Zelim, como antes de conocerle lo habia sido por el renombre de sus gloriosos hechos de armas; nada te falta para ser digno descendiente de los que ocuparon ese trono que vamos á levantar del polvo en que yace mas de trescientos años ha. En tus ojos, en tu noble semblante, en tu apuesta figura, descubro al hombre predestinado que la Providencia nos manda, para que á la sombra de su cetro vuelva el pueblo mo-

risco, libre del yugo cristiano, á ser lo que un día fue. Hasta este momento no habia creido posible que la media luna volviera á ondear sobre la torre mayor de Valencia, ni que las mezquitas, convertidas en iglesias cristianas, volvieran á ser lo que fueron. Nunca ha faltado el entusiasmo en el pecho de los musulmanes valencianos, y su ódio al extranjero que vino á dominarles en su mismo pais ha vivido y vivirá imperecedero en sus corazones; sin embargo, la idea de su impotencia contra un enemigo tan superior en número, y mas que todo la falta de recursos y de apoyo de nuestros correligionarios de África, era un obstáculo para intentar lo que hoy tan fácil se nos presenta teniéndote á tí. Si faltaba un pretexto para sublevar hasta los niños y las mugeres, los decretos del emperador Carlos V lo han dado; y si faltaba un gefe que pudiera organizar las fuerzas que á él se sometieran y un rey que tuviera derecho á serlo por sus antecedentes y su raza, en tí, noble Zelim-Almanzor, hemos encontrado ese gefe deseado y ese rey tan suspirado. Bien venido seas pues á la patria de tus antepasados. Desde este momento, cualquiera que sea el resultado de la guerra, yo te saludo como mi gefe ahora y siempre como á mi rey.»

Zelim-Almanzor se conmovió al oír el discurso del Tuerto, cuyo rostro se veia inflamado por el entusiasmo, al paso que su ojo habia brillado lleno de expresion durante el discurso. Farax, que habia oido al Tuerto con creciente emocion; desplegó sus lábios para cambiar una sonrisa con Ajem, que de vez en cuando le habia mirado durante la peroracion del caudillo aragonés. Sakfan, aunque no parecia alterarse por nada, se complació tambien al ver el alto aprecio que se acababa de formar de su rey.

El príncipe quiso luego demostrar al Tuerto de alguna manera su afecto, y despues de haberle dado una varita con puño de oro y perlas, que representaba segun las costumbres militares de los africanos el mando de un general, llamó á uno de sus camareros y le mandó sacar de sus arcas un kaftan de honor y un sable embutido en oro.

El Tuerto tomó ambas prendas que el camarero del rey le

entregó, prosternándose ante él; y queriendo dar á Zelim-Almanzor una prueba de lo grato que le era aquel regalo, llamó á uno de sus soldados y le entregó su sable, para colocar en su lugar el que acababa de recibir.

Entre tanto en el campamento reinaba la mayor animacion y la gente acudia en tropel á la tienda del rey, deseando saber lo que pasaba en su interior y esperando el momento de ver salir al Tuerto.

Zelim-Almanzor dió orden para que ensillasen su caballo. Farax, Ajem y Sakfan hicieron lo mismo, y algunos minutos despues una lucida cabalgada se dirigia entre los vítores y aclamaciones de alegría de los moriscos hácia el punto en donde habia acampado el ejército que habia organizado el héroe de Benalguacil.

Zelim-Almanzor caminaba delante montado en su incansable Javel, que aquel dia caracoleaba adornado con un precioso caparazon de seda y oro. Las estriberas donde descansaban los pies del noble ginete eran de metal dorado, y preciosas labores les servian de adorno. El traje del rey consistia en un magnífico kaftan que acababa de ponerle uno de los camareros, y una rica faja de Túnez, de preciosos dibujos, sobre la cual lucía su no menos rico cinturón esmaltado, del cual pendia un alfange con puño primorosamente cincelado.

El Tuerto ocupó la izquierda de Zelim-Almanzor, y cuando llegaron á la cumbre de la colina desde la cual se descubria el ejército que mandaba, hizo una señal que puso en movimiento á todos los soldados. Sonaron los atambores y todos corrieron en tropel á ponerse en órden de batalla, mientras los gefes de los pelotones y de las compañías se ponian al frente de ellos en sus puestos respectivos.

Cuando estuvo formada la tropa, el Tuerto le preguntó al príncipe, qué juicio formaba de su gente.

El príncipe aplaudió el entusiasmo que se pintaba en los atezados rostros de aquellos cuatro mil moriscos, y se complació de ver los quinientos caballos que formaron delante de él.

El Tuerto hizo una señal con la mano, y un morisco que

montaba un precioso caballo acudió á saber lo que mandaba su gefe.

«Deseo que rompan filas y que se acerquen aqui los soldados.»

La órden del gefe fue obedecida al punto y en breve acudieron los moriscos al pié de la colina.

«Soldados! esclamó el Tuerto con voz de trueno: ¡Viva el descendiente de Zeit! ¡Viva nuestro rey Zelim-Almanzor!

—¡Viva!!!» gritaron cuatro mil voces.

Y cuando se oyó el ruido de las espadas y de las lanzas que se cruzaban en el aire, se oyó el ruido de los cascos que se chocaban entre sí, y se oyó el ruido de los pies que se pisaban en el polvo.

Y cuando se oyó el ruido de las espadas y de las lanzas que se cruzaban en el aire, se oyó el ruido de los cascos que se chocaban entre sí, y se oyó el ruido de los pies que se pisaban en el polvo.

Y cuando se oyó el ruido de las espadas y de las lanzas que se cruzaban en el aire, se oyó el ruido de los cascos que se chocaban entre sí, y se oyó el ruido de los pies que se pisaban en el polvo.

Y cuando se oyó el ruido de las espadas y de las lanzas que se cruzaban en el aire, se oyó el ruido de los cascos que se chocaban entre sí, y se oyó el ruido de los pies que se pisaban en el polvo.

Y cuando se oyó el ruido de las espadas y de las lanzas que se cruzaban en el aire, se oyó el ruido de los cascos que se chocaban entre sí, y se oyó el ruido de los pies que se pisaban en el polvo.

Y cuando se oyó el ruido de las espadas y de las lanzas que se cruzaban en el aire, se oyó el ruido de los cascos que se chocaban entre sí, y se oyó el ruido de los pies que se pisaban en el polvo.

Y cuando se oyó el ruido de las espadas y de las lanzas que se cruzaban en el aire, se oyó el ruido de los cascos que se chocaban entre sí, y se oyó el ruido de los pies que se pisaban en el polvo.

Y cuando se oyó el ruido de las espadas y de las lanzas que se cruzaban en el aire, se oyó el ruido de los cascos que se chocaban entre sí, y se oyó el ruido de los pies que se pisaban en el polvo.

Y cuando se oyó el ruido de las espadas y de las lanzas que se cruzaban en el aire, se oyó el ruido de los cascos que se chocaban entre sí, y se oyó el ruido de los pies que se pisaban en el polvo.

Y cuando se oyó el ruido de las espadas y de las lanzas que se cruzaban en el aire, se oyó el ruido de los cascos que se chocaban entre sí, y se oyó el ruido de los pies que se pisaban en el polvo.

Y cuando se oyó el ruido de las espadas y de las lanzas que se cruzaban en el aire, se oyó el ruido de los cascos que se chocaban entre sí, y se oyó el ruido de los pies que se pisaban en el polvo.

Y cuando se oyó el ruido de las espadas y de las lanzas que se cruzaban en el aire, se oyó el ruido de los cascos que se chocaban entre sí, y se oyó el ruido de los pies que se pisaban en el polvo.

Y cuando se oyó el ruido de las espadas y de las lanzas que se cruzaban en el aire, se oyó el ruido de los cascos que se chocaban entre sí, y se oyó el ruido de los pies que se pisaban en el polvo.

Y cuando se oyó el ruido de las espadas y de las lanzas que se cruzaban en el aire, se oyó el ruido de los cascos que se chocaban entre sí, y se oyó el ruido de los pies que se pisaban en el polvo.



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERIA DE CULTURA

JUNTA DE ANDALUCIA

CAPITULO XXIV.

El emisario.

La posada de las Zepas, que así se llamaba aquella en que vimos entrar á la dama africana acompañada de su criado Azam, despues de haber espiado á la hermana del conde de Montblanc en el camino de Tales, era la única que en aquel tiempo habia en este pueblo. El edificio era grande y espacioso, pero los cuartos que bajo los números uno, dos, tres y cuatro se destinaban y guardaban para los viajeros eran tan angostos y miserables, que ninguno de los que tenian necesidad de viajar por aquel pais se atrevia á pasar en ellos mas de una noche. Los vecinos del pueblo, que sabian sin duda la mala disposición en que se hallaba la posada de las Zepas para recibir á personas que hubiesen disfrutado en la vida de algunas comodidades, se admiraron al ver que una dama bien vestida, que se veia servida por un criado que la trataba con sumo respeto, y que tenia en la cuadra dos buenas cabalgaduras, hubiera podido pasar allí los cuatro dias que, segun cuenta exacta que ellos llevaban movidos por su curiosidad, hacia que dicha dama y su criado se habian instalado en la posada de las Zepas. Cuando llegó al pueblo la desagradable noticia de que los moriscos se habian sublevado en los cercanos montes de Espadan, creyeron que la dama en cuestion perteneceria á alguno de los gefes sublevados, y que esperaria allí el desenlace de la comenzada guerra.

El posadero pensaba esto mismo, y tanto era cierto, que en el momento en que supo lo que ocurría en la sierra se presentó en el cuarto número dos, que era el que ocupaba la africana, y la habló en estos términos: «Parece que vuestros correligionarios nos amenazan con

una nueva guerra, pero yo nada temo, porque soy indiferente y nada espero de unos ni de otros. Mi posada lo mismo recibirá á los de Espadan si vienen, que á los de Valencia cuando vengan en persecucion de los moriscos. Sin embargo, como soy cristiano viejo, y como los moros nos odian, muy bueno seria que me dejáseis alguna recomendacion cuando os vayais de mi posada, por si llega el caso que ese Zelim-Almanzor entra en este pueblo.»

La dama prometió hacerlo asi, y el posadero se tranquilizó, pensando en que, si los moriscos triunfaban, la mediacion de aquella muger le salvaria, y que si sucedia lo contrario nada tenia que temer de los suyos.

Esto sucedia en la posada de las Zepas el mismo dia en que el Tuerto habia llegado al campamento de Zelim-Almanzor. Por la mañana habia entrado el posadero en el cuarto de la africana á manifestarla sus temores, y por la tarde llegó Azam montado en su caballo que arrojaba espuma por la boca y sudor por todos sus poros.

«¿Qué noticias traeis? preguntó el posadero ayudándole á desmontar y queriéndole asi demostrar su afecto.

—Nada sé de particular, tio Lopez, contestó Azam; y vos, ¿teneis alguna nueva que comunicarme?

—No: únicamente sé que en la noche de antes de ayer cruzó una columna de moriscos por las inmediaciones de este pueblo, con direccion á Valencia.

—¿Nada mas se sabe?

—Dicen también que los vuestros aumentan en Espadan, y por si llega el caso de que vengan á este pueblo, he pedido una recomendacion á vuestra señora. Vos tambien protejeréis mi posada en caso necesario. Yo, por mi parte, me hallo dispuesto á auxiliáros del mismo modo, en el caso de que los cristianos os busquen el bulto.»

Azam se sonrió como hombre que desconoce el miedo, y despues de haber entregado su caballo al tio Lopez, subió al cuarto donde le esperaba impaciente su señoralidad.

Desde la puerta vió que la dama, sentada en una silla de pino

é inclinada sobre una vieja mesa de la misma madera, se hallaba ocupada en concluir una carta.

Cuando los pasos del criado se oyeron en la escalera paró de escribir, y viéndolo que nadie llamaba, comenzó de nuevo á mover la pluma con mano trémula sobre el papel. Azam creyó que su señora se hallaría descansando, y se acercó á la puerta del cuarto andando sobre las puntas de los pies. Encontróla entreabierta y la empujó suavemente.

Era aquel el momento en que la dama, repuesta del ligero sobresalto que la habia causado el ruido de pasos en la escalera, habia vuelto á continuar en su escritura.

Azam permaneció un momento en la puerta sin atreverse á dar un paso ni desplegar sus labios, tal era el respeto que le causaba su señora en aquella ocasion. Sin embargo, recordando que tenia que comunicarla nuevas de importancia, y que ella misma tendria algo interesante que decirle, exclamó produciendo al mismo tiempo un ligero ruido con la llave de la puerta, sobre la cual habia apoyado su mano.

«Señora!... Soy... Azam.»

La dama tembló ligeramente sobre la silla en que estaba sentada, pero luego se repuso y volvió la cabeza para decir á su criado.

«Espera un momento. Estoy concluyendo una carta para él; será la última!» añadió inclinándose de nuevo sobre el papel, en el cual cayó en aquel mismo instante una lágrima de sus ojos.

Azam se sentó esperando que la carta estuviese terminada, y que su señora le hiciera montar de nuevo á caballo para correr al través de los montes á llevarla á la tienda de Zelim-Almanzor.

Cuando la africana la hubo terminado, arrojó un suspiro, enjugó algunas lágrimas, y la dobló cuidadosamente, sujetándola despues con un cordoncillo de oro y seda.

Azam se levantó con harto trabajo, porque estaba muy cansado, y se acercó á la mesa miserable donde el amor y la desesperacion hacian escribir á aquella muger de alma enérgica

y de firme voluntad, que habia abandonado su pais para espiar al nieto del desgraciado Kalendér-Zeit, y acaso para prepararle su ruina.

—«Esta misma noche, exclamó la dama poniendo la carta en las manos de su criado, es preciso que la lea.»

—Está bien, contestó el criado metiéndosela en el bolsillo.

—¿Tenias algo que comunicarme?

—Hé estado en el campamento.

—¿Y le has visto?

—Sí señora.

—¿Cuentá con mucha gente?

—Dentro de pocos dias podrán salir á campaña seis mil hombres mas. Los capitanes Aben-Rafi y Josuf han marchado ya al frente de dos columnas á recorrer el pais.

—¿Y qué intenta el príncipe?

—He oido decir que no piensa abandonar las montañas de Espadan hasta que pueda organizar un buen cuerpo de caballería. Entonces dicen que él mismo se pondrá al frente de todo su ejército y que sitiara la ciudad de Valencia.

—¿Has vuelto por la casa del Renegado?

—Si señora.

—¿Y Modum?

—Sigue dándome muestras de amistad. Está loco de contento por haberme encontrado en este reino.

—¿Y qué dice de la cristiana?

—Que cada dia le parece mas insoportable la vida. Que está cansada de la casa del Renegado, y que una de estas últimas noches pedia al príncipe que la sacase de allí, aun cuando fuera para llevarle á su tienda de campaña.

—¿Y el príncipe nõ accedió á sus deseos? ¡Oh! mucho extraño que no la diera gusto llevándola consigo á su campamento.

—Modum me dijo que la hubiera complacido, sino hubiese dado la casualidad de llegar á sus oidos los rumores que por todas partes se levantan contra esta muger. El príncipe sabe

que sus soldados la aborrecen por ser de contraria religion, y esto le obligará al fin á abandonarla.»

La dama se sonrió de una manera particular. El criado comprendió que sus últimas palabras no habian producido el efecto que él esperaba, y que su señora se hallaba cada día mas firme en el convencimiento de que la pasion del príncipe hácia la cristiana era una de aquellas que solo se acaban con la existencia.

«¿Teneis algo mas que mandarme? preguntó Azam despues de un momento de pausa.

—No.

—En ese caso, con vuestro permiso, marcharé al momento.

—Puedes hacerlo.

—Se me olvidaba advertiros, recordó Azam, que el morisco Farax, á quien ví en el campamento, me preguntó por vos con mucho interés, y ademas me dijo que vuestras alhajas, lo mismo que sus capitales, estaban escondidos en un mismo punto, y que por consiguiente correrian igual suerte. Este hombre ha formado tal empeño en saber vuestro paradero, que me siguió por el campamento y luego destacó uno de sus criados para que hiciese lo mismo; pero este no contaba con que yo tenia mi caballo escondido en el monte, y tan luego como me vió montar en él desistió de seguirme.

—Conviene, dijo la dama, que continúe ignorando quién soy y dónde me encuentro.

—Está bien, dijo Azam haciendo una reverencia ante su señora y marchándose despues.»

Dejemos á esta en el miserable cuarto de la posada de las Zepas, y sigamos á Azam que, desafiando los bosques y las cuestas de las ásperas montañas de Espadan, iluminadas por la tibia claridad de la luna, avanzaba hácia el campamento de Zelim-Almanzor.

Media hora habia que caminaba, cuando encontró un grupo de moriscos armados que por el mismo camino que él iban sin duda á formar parte de los sublevados. Apenas repararon en Azam y vieron el blanco turbante que adornaba su cabeza, la

marlota que vestia, y las armas que colgaban de su cintura, comprendieron que era de los que continuamente desembarcaban en la costa procedentes del Africa, y que como ellos iba al campamento de Zelim-Almanzor.

«Buenas noches, camaradas, dijo Azam deteniendo su caballo al lado de los moriscos.

—Bien llegado, contestaron estos rodeando al ginete.

—Segun parece caminamos todos á un mismo punto.

—Nosotros vamos á ponernos á las órdenes de nuestro rey.

—A lo mismo me dirijo yo.

—¿Sois africano?

—La ciudad de Buto en la Arabia fue mi patria.

—¿Y habeis venido á la guerra?

—Solo este objeto me trajo aqui.

—Hemos oido decir que la gente que ha traído el rey Almanzor es muy esforzada y muy práctica en guerrear.

—El mas flojo me considero yo, y he seguido al sultan Selim, padre del actual, en la conquista del Egipto, de la Siria, de la Mesopotamia y de la Armenia. El digno principe á quien vamos á obedecer ha servido tambien, aunque jóven, en clase de capitán con el hijo del que me condujo siempre triunfante por los confines del Africa, y en la toma de Belgrado rayó su valor muy alto.

—Asi lo hemos oido decir.

—¿Y vosotros de dónde sois? ¿Cómo dejais vuestros pueblos?

—Todos somos de Moncada, y solo han quedado alli los que por sus achaques ó vejez no pueden moverse.

—¿Oísteis decir algo de Valencia?

—El miedo parece que iba en aumento en la ciudad. Los gremios se habian puesto sobre las armas; las puertas habian sido cerradas, y en la torre mayor se veia constantemente gente vigiando para dar la señal de alarma caso de descubrir alguna columna enemiga. Se hablaba tambien de un caballero cristiano muy rico y muy valiente que andaba reclutando gente perdida para venir él solo con ella á buscarnos en estas montañas.

—¿Y no se sabia el nombre de ese caballero?

—Ni los suyos lo saben. Anda siempre con la celada sobre el rostro, y no habla como no sea para echar algun terno ó para jurar esterminio á nuestra gente.»

Azam nada mas quiso saber, y buscando en su imaginacion un pretexto para dejar atrás á los moriscos, exclamó:

«Mucho siento no poder detenerme para ser vuestro compañero de viaje, pero en el campamento me aguardan con ansia, y puesto que llevo buen caballo, quiero llegar lo antes posible.»

—Seguid, seguid caminando de prisa, que ya nos volveremos á encontrar, dijo uno de los moriscos.

—Buenas noches, camaradas.»

Apenas habia dicho estas tres palabras Azam, tocó ligeramente con la espuela al caballo, y éste á pesar de su cansancio, salió de su paso ordinario y comenzó á trotar.

Quando salió del mal camino, es decir, una hora despues que se habia separado de los moriscos, le fue fácil caminar mas de prisa, y sin compasion al pobre caballo le clavó sus espuelas en los ijares, y el noble bruto se lanzó impetuosamente en la ancha via que se estendia delante de él. Conforme iba avanzando iba el terreno perdiendo su triste soledad, y por sus variadas y caprichosas sendas y revueltas descubria el africano con su vista penetrante bultos que se movian aqui y allá, y tambien llegó á sus oidos el sonoro relinchar de mas de un caballo que andaba pastando por aquellos valles inmediatos al campamento.

Azam no habia contado con que antes de llegar á la tienda del rey Zelim-Almanzor debia ser detenido por la avanzada que custodiaba el campo por la parte por donde se acercaba á él. Sin embargo no le sorprendió el ver luego que un soldado, apoderándose de la rienda de su caballo, le decia.

«Alto aqui.»

Y cuando el centinela se disponia á preguntarle quién era y á qué compañía pertenecia, oyó la voz de un gefe que desde la barraca en que se guarecia con cinco soldados exclamó:

«Déjale pasar. ¿No conoces qué es de los nuestros? ¡Adelante, camarada!»

El soldado soltó la rienda, bajó la cabeza, se echó su arma al brazo, y se volvió hácia la pequeña eminencia de donde había bajado para detener un minuto al africano.

Después de esto Azam no tuvo más que cruzar un barranco, por el cual se deslizaba una murmurante faja de agua, para llegar á la campiña en donde el ejército del Tuerto, alrededor de sus fogatas, se entregaba á la broma y la algazara. En muchos puntos se oían armoniosos laudes, y las bulliciosas sonajas hacían mover con sus acompasados sonos á los aficionados á la danza. Azam pasó al través de aquella gente sin ser notado. Tal era la confianza en que estaban de no ser sorprendidos, que nadie pareció cuidarse de meditar un poco sobre la causa que podría hacer caminar tan de prisa á aquel compañero de armas.

Azam llegó á la altura desde la cual Zelim-Almanzor había inspeccionado el ejército del Tuerto.

El golpe de vista que desde allí se descubría no podía ser mas pintoresco, mas nuevo ni mas caprichoso á la par que admirable. A un lado la gente del Tuerto se divertía del modo que ya hemos dicho, y al otro lado se veía descollar entre multitud de tiendas la que ocupaba Zelim-Almanzor, alumbrada esteriormente por cuatro antorchas que permitían ver los rostros atezados de los soldados que la custodiaban. Lo demás del campamento presentaba un aspecto no menos fantástico. Al lado de la de Zelim-Almanzor, sobre cuya cúspide se veía ondear agitado por el vientecillo de la noche el estandarte de la media luna, se levantaban las tiendas de sus capitanes. Los ricos moriscos que con sus mugeres habían acudido al campamento á esperar allí el desenlace de la guerra, habían también levantado otras no menos ricas y lujosas que las que ocupaban los gefes del ejército. Las hogueras y las antorchas brillaban por todas partes, y al través de sus nubes de humo y á favor de sus resplandores, se veían hombres armados que discurrían por todas partes con sus turbantes blancos, como copos de nieve, ó con gorros rojos calados hasta las orejas, que daban as-

pecto feroz á los que con ellos se cubrían. En muchos puntos sonaban laudes y dulzainas, y en otros las sonajas ponian en movimiento á algunas parejas que bailaban con aplauso de los espectadores.

Azam, despues de contemplar este cuadro con todos sus detalles, se apeó del caballo y cogiéndolo por la brida descendió de la colina y se confundió entre los que vagaban por el campamento.

Diez minutos despues preguntaba á uno de los criados del rey si era posible hablar á su señor y entregarle una carta.

El criado hizo entrar á Azam en la tienda, que se veía dividida en dos partes por medio de un rico tapiz, el cual apartó el criado para anunciar al rey que un hombre deseaba hablarle y poner en sus manos una carta.

«Que entre, dijo el rey; y su voz llegó á oídos de Azam, el cual palideció al oirla.

—Podeis entrar, le dijo el criado apartando con una mano el rico tapiz para abrir paso al emisario.»

La parte de la tienda que ocupaba Zelim-Almanzor, era mas capaz que aquella en que Azam habia estado esperando. Las cortinas que la tapizaban eran de rica seda color de grana, y una magnífica alfombra cubria el suelo. Muchos y ricos objetos, como arcos, alfanges, yataganes y otras armas, vió por los rincones y sobre los taburetes. El que habia sido proclamado rey por la voluntad de todo un pueblo se hallaba sentado sobre un magnífico almohadon, teniendo á sus espaldas colocadas sobre dos almohadones mas altos que el que él ocupaba, las insignias del poder supremo, la corona, el estandarte, la maza de armas ó *Topouz*, y la cimitarra; y á su alrededor puestos de pié se veian á los que formaban la corte, entre los cuales Azam reconoció á Farax bien pronto, y éste, sea dicho de paso, se sonrió al reconocer en el emisario al criado de la recomendada de Melech.

Azam hizo tres profundas reverencias ante Zelim-Almanzor, y luego sacando del pecho la carta de que era portador se la entregó á su mayordomo, el cual la puso en manos del rey.

Zelim-Almanzor se estremeció ligeramente al tocar aquella carta, y Azam por su parte sintió que la sangre se agolpaba á sus arterias y que su corazón parecia querer huir del pecho.

Farax miraba alternativamente el rostro del rey y el del emisario como si hubiera querido penetrar en el misterio de aquella carta, en la cual solo él creia ver algo de funesto, pues los demas pensaban muy diferentemente suponiendo que seria alguna comunicacion concerniente á la guerra.

Entre tanto el rey habia abierto la carta.

Azam temblaba.

Farax cambiaba cada instante de posicion, como agitado por la impaciencia, y cuando el rey hubo comenzado á leer fijó en él sus ojos con toda la intensidad del que quiere al través de señales exteriores comprender las emociones del corazón.

El rey palideció, y un movimiento convulsivo le hizo apretar la perfumada vitela que tenia entre su mano.

«Dejadme solo,» dijo de repente.

Azam no se atrevió á mirar á Zelim-Almanzor para saber si él debia tambien salir. En su azafranado semblante se pintó el pavor con sus mas negros colores, y viendo que todos se aproximaban á cumplir la órden del rey desapareciendo detrás del tapiz, lo apartó él tambien con mano trémula, y Zelim-Almanzor quedó solo como deseaba.

El rey se levantó bruscamente del almohadon en que habia estado sentado hasta entonces, y temblando volvió á abrir aquella carta escrita en árabe, en la cual se leia lo siguiente.

«La muger que os abrió las puertas de la inquisicion para ofreceros la libertad, os saluda en vuestro campamento de Espadan, y os suplica en nombre del pueblo que lleno de esperanza se agrupa á vuestro alrededor, tengais la bondad de otorgarle una cita fuera de ese campamento. Elegid vos sitio y decid la hora y el dia en que esta pobre muger podrá tener la honra de someter á vuestro buen juicio algunas consideraciones que pueden influir mucho en vuestro porvenir, y en el de los musulmanes y moriscos valencianos.»

La carta no decia mas y no aparecia firmada. Sin embargo,

Zelim-Almanzor ora adivinando la mano que la habia trazado, ora preveyendo en aquella cita que se le pedia algo de funesto; lo cierto fue que comenzó á pasearse con la cabeza inclinada hácia adelante, con los ojos fijos en la alfombra y con todas las señales que indican la preocupacion del alma.

El tiempo pasaba y el rey no parecia resolverse por nada.

«¡Imposible! ¡imposible! decia llevándose la mano á la frente como si quisiera ahogar un recuerdo importuno. ¡No puede ser ella!.... ¡Si supiese como he pagado sus favores y los de su padre!.... ¡Si supiese que otro amor habia borrado de mi corazon el que un dia sentí por ella! Pero no, no, añadia despues como si quisiera convencerse á sí mismo. Yo no la he amado nunca. ¡Bien comprenderia que aquello era solo agradecimiento!.... No, no habrá abandonado á Fez..... Vamos, soy un necio. Una muger no comete tal diablura.»

Esto diciendo pareció tranquilizarse, y acercándose al tapiz, detrás del cual esperaban los que á su orden acababan de salir, dijo:

«Adelante el emisario.»

Azam entró y formó un arco perfecto con su columna dorsal ante Zelim-Almanzor, que acababa de sentarse en un blando almohadon, al lado del cual habia un taburete con recado de escribir.

El rey cogió la pluma y escribió estas líneas.

«Si vuestro emisario no vuelve á avisarme que es muy urgente la entrevista, no tendrá lugar hasta pasado mañana, y puesto que no quereis decirme el sitio en que debemos vernos, me atrevo á proponeros la Cueva del Lobo, no muy distante de mi campamento. Si aceptais el sitio, á las doce de la noche estaré allí.—*Zelim-Almanzor.*»

El rey dobló la carta, la ató con una trencilla, y la puso en manos de Azam, el cual volvió á arquear su enjuto cuerpo ante el descendiente de Zeit, complaciéndose con la idea de que pronto ya iba á verse fuera de la tienda, en donde tanto miedo habia pasado. Sin embargo, quiso su mala suerte que el rey le preguntase en qué pueblo habia quedado la muger á

quien servia en aquella ocasion. Una palidez mortal invadió el rostro del africano, pero haciendo un esfuerzo sobre sí mismo dijo con voz temblorosa:

«En uno..... inmediato.»

—¿Su nombre?

—No, no le recuerdo.»

El rey arrugó las cejas, lanzó una mirada penetrante al africano, y en seguida dijo:

«Vaya con Dios el emisario.»

«¡Cosa singular! exclamó el rey cuando hubo visto desaparecer á Azam detrás del tapiz; ese hombre temblaba como un azogado,» y en seguida, como si hubiera querido olvidar las ideas que le habian atormentado y que de nuevo querian invadir su cerebro, gritó:

«Aquí de mis oficiales:» y entraron todos, incluso Ajem, Farax, el Tuerto y algunos otros, y pronto el problema de la guerra hizo olvidar al rey la carta que habia recibido.



JUNTA DE ANDALUCIA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERIA DE CULTURA

CAPITULO XXV.

Entre tanto se sabía en Valencia todo lo que habia acontecido en Espadán: la proclamación de Zelim-Almanzor y el movimiento de las columnas mandadas por Josuf y Aben-Rafi. Los Espías mandados por los señores de los pueblos inmediatos á la sierra donde el enemigo habia fijado sus reales, ponian al corriente al consejo de la ciudad de todos los pasos que daban los sublevados. Corria de boca en boca el nombre del rey proclamado y se contaba en voz baja su misteriosa evasion de los calabozos del Santo Oficio. Con no menos temor se decia que el jóven pretendiente habia encontrado gran proteccion en las cortes de Africa, y que galeras berberiscas cruzaban por la costa esperando ocasiones favorables para mandar á tierra la gente de guerra que llevaban á bordo. Hablábase tambien de espermentados capitanes que se hallaban organizando los moriscos que afluián á Espadán, no solo del reino valenciano sino de los inmediatos de Murcia, Aragon y Cataluña, y de los que habian quedado en Fez, Argel y Oran reclutando aventureros para venir con ellos á engruesar las filas del ejército de Zelim-Almanzor.

Todas estas noticias habian salido de los salones del consejo y de la casa del señor gobernador, D. Gerónimo Cabanilles. Pronto cundieron por la ciudad, y no hubo taller, plaza, esquina ni taberna en donde no se viera algun grupo de ciudadanos ocupados en hablar de lo que sucedia en Espadán y en murmurar de las autoridades.

Nunca el pueblo valenciano fue menos justo que en aquella ocasion al dudar del buen zelo de sus gobernantes, pues desde el momento en que se supo la sublevacion de los moriscos se

habian reunido en casa del gobernador Cabanilles todos los que tenian mando militar ó civil, y todos aquellos nobles que por su posicion ó por sus antecedentes podian influir en la marcha de los sucesos.

El mismo dia en que se supó que el Tuerto, al frente de algunos miles de hombres se dirigia hácia Espadan, llegó tambien un emisario mandado por el alcalde de Liria á decir que una columna de moriscos habia pasado en la noche anterior por cerca del pueblo en direccion á Chelva, y este emisario encontró á uno que acababa de llegar á casa del señor gobernador á decirle que otra columna al mando de un africano feroz, llamado Josuf, habia tenido un encuentro en Almenara con la gente que seguia al Incógnito, que era un caballero cristiano que habia puesto sobre las armas á toda la gente perdida de los alrededores de Valencia, que se presentaba siempre con la celada sobre la cara, y á quien nadie habia podido reconocer. Este encuentro habia sido ventajoso para los cristianos, y el enemigo habia retrocedido hácia Espadan lleno de espanto.

Estas noticias, alarmantes unas y satisfactorias otras, hicieron que aquel mismo dia se reuniesen en la casa del gobernador todas las personas importantes que encerraba entonces la ciudad del Cid, y viéronse llegar uno tras otro á los nobles mas influyentes, á los ciudadanos mas probos y honrados, y á los frailes mas respetables.

«Todos sabeis, exclamó el señor gobernador cuando vió el salón lleno de gente y cuando calculó que nadie mas acudiria, la sublevacion de los moriscos y los elementos con que esta vez cuentan para sostener la guerra por algun tiempo. Hasta ahora sus odios ó sus resentimientos, y mas que todo su malestar, les ha obligado alguna vez á tomar las armas en contra de sus señores, pero poco costaba el reducirlos de nuevo á la obediencia. En esta ocasion será mas difícil, pero confio en vuestro valor y en vuestros consejos para lograrlo. Pensad, señores, que cuentan con gefes acostumbrados á guerrear, que en pocos dias han organizado algunas columnas, y que al frente de ellos se ha presentado un jóven esforzado, que á su natural valor y

génio reúne las ventajas que le dan su noble origen, pues desciende de reyes, y la proteccion que le dispensan los de Fez y de Argel: ¿pero qué debe importarnos esto cuando se trata de defender nuestro suelo y nuestras familias, amenazadas por el odio inveterado de una raza siempre enemiga? Para el día de la batalla confio en el arrojo y decision de los que en línea recta descendéis de aquellos fieros guerreros que hace trescientos años conquistaron esta famosa ciudad, de la cual hoy quieren arrancarnos los que fueron señores de ella; pero antes de salir á campaña conviene dejarla asegurada, no sea que alguna conspiracion abra las puertas al enemigo.

—Tiene razon el señor gobernador, dijo un caballero; es preciso ante todo evitar que se conspire en Valencia.

—Sí, sí, añadió otro; conviene asegurar la ciudad antes de salir á campaña.

—El tiempo urge. El Tuerto lleva cuatro mil hombres.

—Acordad pronto.

—Propongo que todos los moriscos que habitan en la ciudad sean espulsados.

—Inclusos los que sirven á los nobles, añadió un ciudadano que recordó sin duda el apoyo que dispensaron á estos cuando tuvo lugar la guerra de la Germania.

—Yo respondo de los míos, dijo un noble.

El gobernador se dispuso á hablar, y volvió á reinar el silencio.

«Bien sé, señores, exclamó, que esta guerra presenta mal carácter, y que ahora no tendremos que habérnoslas con un caudillo como el Tuerto que no contaba en su favor mas que la efímera fama de un hombre sanguinario. Ahora, señores, predicán la guerra santa y se disponen á defender su religion y su suelo amenazado todo por el emperador Carlos V.»

No eran por cierto estas palabras las más á propósito para animar á los cristianos; así fué que se miraron unos á otros de una manera que indicaba el mal efecto que iba produciendo el discurso del gobernador.

«No hemos venido aqui, dijo el vizconde de Chelva, don

Diego Ladrón, con todo el entusiasmo y valor de que era susceptible por su temperamento nervioso, á discutir si la guerra de esa canalla es ó no santa, ni si ese príncipe bandolero tiene ó no derecho al trono de sus antepasados; lo que conviene es montar á caballo y salir á buscar esa chusma en sus guaridas.

Las palabras del vizconde de Chelva obtuvieron una salva de aplausos, y el gobernador se mordió los labios al considerar el peligro que corría su fama militar. En aquel mismo momento se vió que una mano cubierta con un guante de búfalo apartó la cortina que ocultaba la puerta que se abría en frente de la mesa, ante la cual estaba de pie el señor gobernador.

La mano que había apartado la cortina volvió á desaparecer detrás de ella, y nadie apareció en el salón. Este incidente produjo un ligero rumor, y los ojos de algunos se fijaron en la persona del gobernador como preguntándole qué significaba aquello, mas éste calmó pronto la impaciencia de los que le miraban exclamando:

«¿Quién se esconde detrás de esa cortina?»

— ¡Yo! contestó un caballero entrando de repente en el salón.

La presencia del recién llegado causó honda impresion en la gente allí reunida, y casi todos instintivamente se levantaron al verle.

Era el duque de Segorbe.

Creyendo encontrar solo al gobernador, había avanzado hasta coger la cortina con la mano para entrar, cuando la salva de aplausos con que habían sido recibidas las expresiones del vizconde de Chelva le hicieron retroceder un paso pensando lo que podía motivar aquellos aplausos. En aquel momento el criado, que había abandonado la puerta, vino á decirle que las autoridades se hallaban reunidas en el salón hacia dos horas: entonces mismo oyó la voz del gobernador que preguntaba quién se ocultaba detrás de la cortina, y el duque entró en el salón.

Las simpatías que este hombre se había conquistado entre

los valencianos eran muy grandes, y la alegría que iluminó los rostros de todos al verle en el salon, hablaba muy en favor de su persona.

Cuando llegó á la mesa, detrás de la cual le esperaba de pié tambien el gobernador Gerónimo de Cabanilles, éste le alargó la mano y el duque se la estrechó afectuosamente.

El ilustre personaje parecia venir conmovido. Su traje estaba en desórden, y el polvo le cubria hasta la cara al paso que sus espuelas estaban manchadas en sangre, prueba evidente de que habia venido con suma celeridad.

Todos deseaban oírle, y nadie se atrevia á preguntarle; el mismo vizconde de Chelva parecia haber enmudecido ante el aspecto del recién llegado.

El gobernador rompió el angustioso silencio que reinaba á su alrededor, preguntando.

«¿Qué noticias nos traeis, señor duque?»

—Pocas y malas.»

Un estremecimiento general recorrió el salon.

«¿Los rebeldes han aumentado sus fuerzas?»

—Ayer contaban doce mil.

—¿Armados todos?»

—Mejor que podremos estarlo nosotros.»

La emocion, mejor dicho, el miedo, iba pintándose en los semblantes de los nobles y de los ciudadanos, y sobre todo en los de los frailes.

«¿Estais enterados de los movimientos que ha hecho el enemigo?»

—De todos.

—¿Y sabeis que una de sus columnas ha sido derrotada en Almenara?»

—Esa derrota no tendrá consecuencias. Fue una pequeña escaramuza: el enemigo no perdió mas de veinte hombres.

—Sin embargo, habrán llevado el desaliento á Espadan.

—¿Habeis recibido noticias del campamento de Zelim-Almanzor? preguntó el duque despues de un momento de pausa, durante el cual mas de un semblante palideció.

—No he podido encontrar un hombre que se haya atrevido á llegar hasta las montañas que ocupa el enemigo.

—Yo he sido mas afortunado.

—¿Y se sabe de positivo la gente con que cuenta Zelim-Almanzor?

—El espía que mandé á su campamento ha visto hasta el último soldado, y ha oido hablar de todos los elementos con que cuentan los moriscos para hacernos la guerra.»

La ansiedad se manifestó en los ojos de todos, y muchos se levantaron para acercarse al duque á fin de oír mejor.

«¿Piensan sitiar la ciudad? preguntó un reverendo fraile.

—No, contestó el duque pasando ligeramente la vista por la obesa figura del frailote; podeis estar tranquilo. El enemigo se propone primero sublevar todo el reino, para luego entrar en la ciudad sin cercarla previamente. Esto piensa Zelim-Almanzor, y para lograr tal objeto ha dividido ya su ejército en tres columnas: la una, mandada por Josuf, debia haber dormido en las orillas del Júcar junto á Sueca, si la escaramuza de Almenara no le hubiera obligado, obrando mas por prudencia que por necesidad, á retirarse hácia Espadan; la otra, al mando de Aben-Rafi, ha salido á buscar el Turia en Chelva para sublevar los pueblos que se levantan á las orillas de este rio; y Zelim-Almanzor espera el resultado de estas dos expediciones con una tercera columna que se aumenta diariamente con los que acuden de todas partes al olor de la guerra. El Tuerto, que ha llevado cuatro mil hombres al campamento de los moriscos, es el gefe de esta columna, dispuesta á acudir adonde se crea necesario. Acaso no tarden en salir de Espadan, creyéndose ya fuertes, para presentarnos la batalla. Sin embargo, creo que no abandonarán las posiciones que ocupan hasta que puedan contar con un cuerpo de caballería.»

La importancia del Tuerto se traslucía en el acento con que el duque pronunció su nombre, y en el murmullo que se oyó al saber que estaba en el campamento de Zelim-Almanzor. Nadie ignoraba el temerario arrojo del que en los campos de Benalguacil habia desafiado el poder de los cristianos, y del que tan

heróicamente habia sabido defender dicho pueblo contra las tropas valencianas. Las noticias, pues, que daba el duque, no podian ser mas funestas ni mas alarmantes. La guerra se presentaba á los ojos de todos con los colores mas sombríos: no era ya una turba de moriscos desarmados á los que iban á combatir, y no huirian ahora á la vista de una espada ó al disparo de un arcabuz como en otras ocasiones. Estas ideas se apoderaron de las imaginaciones de todos: algunos temblaban, y nadie se atrevia á hablar. En circunstancias azarosas ninguno quiere cargar con la responsabilidad de presentar proyectos cuyos malos resultados pueden comprometer un buen nombre. Los que se hallaban reunidos en el salon del gobernador Cabanilles, conocian la necesidad que habia de deliberar, de acordar algo, y esperaban ver quién tomaba la palabra. Algunos cuchicheaban en voz baja, y no faltó quien dudó del valor del duque al ver su apatía y su silencio.

«Señores, exclamó el vizconde de Chelvá levantándose del sillón en que habia estado sentado; yo juzgué que habiamos sido llamados á deliberar acerca de los medios con que cuenta el reino para levantar un ejército, y veo que nadie se apresura á hablar de asunto tan importante. El señor gobernador tampoco nos ha dicho que medidas ha tomado para la seguridad de la ciudad. Los enemigos, mas activos que nosotros, han organizado ya tres columnas, y es muy posible que nuestra apatía aumente el número de sus soldados. Salgamos á buscar á Zelim-Almanzor, y si predica la guerra santa, tambien nosotros predicaremos la santidad de la que les vamos á hacer. Que vuelva á ondear el estandarte de la Cruz, á cuya sombra salvadora pelearon nuestros abuelos, y á su vista, y al recuerdo de sus victorias, huirán espantados los infieles. Es necesario acabar de una vez con esa raza maldita, y yo por mi parte juro que no he de quitarme la armadura mientras quede un solo musulman en todo el reino.»

El discurso de D. Diego Ladrón fue recibido con aplausos generales, como si el calor con que fue pronunciado hubiera llegado á todos los corazones:

«¡Bien! ¡bien!

—¡Bravo!

—Pasemos á deliberar.

—Eso se llama ir al bulto.»

Entre tanto el noble y respetable duque examinaba los semblantes de los caballeros allí reunidos, como un general que pasa revista á sus capitanes la víspera de una batalla. Cuando oyó hablar, de la manera que lo habia hecho, al vizconde, se sonrió como si hubiera encontrado un buen gefe para el punto peligroso.

No sucedia lo mismo al gobernador, y aunque parezca inoportuno el decirlo, no ocultaremos que por su semblante parecia haber pasado una nube sombría desde el momento en que nuevos aplausos le habian dado á entender el ascendiente que iba tomándó D. Diego Ladron; y creyendo que aun podria combatirle, exclamó con voz vacilante y rostro severo:

«Vos, señor vizconde, sois jóven y no sabeis lo peligroso que puede ser precipitar las cosas. Es preciso aguardar.....»

Esta consideración produjo muy mal efecto, y así se lo dieron á conocer al gobernador el murmullo que se levantó y la mirada de reconvencion que le arrojó el duque.

«¡Aguardar! replicó el vizconde dejando asomar á sus lábios la sonrisa del triunfo; ¡aguardar cuando el enemigo tiene ya un ejército organizado! ¡Aguardar cuando se dispone á buscarnos, cuando destaca columnas á sublevar todo el pais! no, no; hacedlo vos en hora buena, señor gobernador, ínterin yo voy á mis montañas á defender el terreno que el rey conquistador dió á mis antepasados en premio de sus buenos servicios.»

No necesitó decir mas el vizconde para promover un verdadero tumulto. Muchos nobles se levantaron, le rodearon y le ofrecieron sus gentes, y eran estos aquellos que por su juvenil ardor deseaban verse pronto en el campo de batalla. No opinaban de esta manera los mas ancianos, ni los plebeyos, ni los jurados; que querían antes de salir á campaña dejar bien asegurada la ciudad, y organizar un buen ejército que obedeciera á gefes experimentados; en este número se encontraba el hon-

rado artesano Perez Pertusa, hombre sésudo, dispuesto á aplaudir discursos fogosos como los del vizconde de Chelva, pero no á poner los individuos de los gremios á sus órdenes. Toda esta gente pacífica y concienzuda se puso al lado del gobernador, y éste se complació en verlos dispuestos, como una falange de diputados de la mayoría, á aprobar lo que él determinara, pues su encanecida cabeza y sus buenos antecedentes eran para aquellos probos ciudadanos una garantía de acierto en las difíciles circunstancias porque atravesaban.

Perez Pertusa cuchicheó en voz baja con los jurados y con los gefes de los gremios, y en seguida, acercándose al duque de Segorbe y poniéndose frente á él, exclamó con voz fuerte que dominó el rumor general.

«Señor duque de Segorbe, habeis venido en buena ocasion para ser nuestro gefe. El consejo de la ciudad pondrá á vuestras órdenes la gente de sus gremios, y los nobles no vacilarán en obedeceros.»

Un silencio que no fue fácil distinguir si lo produjo la duda ó la sorpresa, reinó en el salon, y todos se miraron para fijar luego sus ojos en el noble duque.

El que era objeto de estas miradas, parecia estar ageno á lo que pasaba á su alrededor, despues de haber oido impasible las palabras del plebeyo Perez Pertusa. Sin embargo, conociendo luego que era preciso calmar la ansiedad en que parecian estar todos, exclamó.

«Una voz ha salido de entre vosotros, y me ha proclamado vuestro gefe. Yo acepto este cargo, porque en la ocasion presente no debo tener muchos envidiosos.»

Ante la figura respetable del duque de Segorbe, ante sus honrosos antecedentes, ante su fama militar, se evaporaron todas las aspiraciones de mando que habian germinado en los pechos de algunos nobles valencianos, y aun estos mismos conociendo que la casualidad habia traído al duque en aquel momento para representar el primer y mas difícil papel en aquellas azarosas circunstancias, parecieron someterse gustosos, olvidando sus ambiciones, al poder con que habia sido revestido.

—El duque de Segorbe, levantándose del sillón en el cual le había hecho permanecer el cansancio hasta entonces, los miró á todos, y con esa calma que engrandece al hombre, exclamó: «Señores, el enemigo ha reunido ahora todos los elementos dispersos que formaban sus esperanzas, esperanzas que han sido entre ellos trasmitidas de generacion en generacion y hoy nos sale al encuentro con ellas. No será esa una de esas ligeras escaramuzas que no han servido mas que para sostener siempre vivo y palpitante el ódio de las dos razas. Conviene, pues, que antes de salir á campaña, dejemos asegurada la ciudad como ha dicho el señor gobernador. Propongo que se repartán armas á todos los habitantes, que se ocupe militarmente la ciudad, que se haga salir de ella á todos los moriscos y á los judíos, que se armé también á los frailes, y que cada convento sea un baluarte, para lo cual hoy mismo se comunicará orden á sus guardianes de que empiecen á atrónerarlos.»

—No, no puede ser eso; exclamó el rechonchudo fraile que antes había preguntado al duque si el enemigo pensaba sitiar la ciudad. «Nuestras reglas nos prohíben mancharnos en sangre.»

—Si os resistis á fortificar vuestros conventos y á defenderos en ellos, quedarán abandonados al enemigo, que por cierto no habrá olvidado los sermones en favor de la espulsion.»

Estas palabras causaron algunas hablillas, pero la mayoría, y entre ellos los individuos del consejo, las ahogaron con sus aplausos repetidos.

«Señor duque de Segorbe, exclamó el anciano plebeyo Perez Pertusa: cuanto habeis indicado lleva el sello del acierto. Seguid, seguid hablando, y no temais que vuestras órdenes dejen de ser ejecutadas; porque si alguno lo intentara, seria denunciado al pueblo que espera debajo de esas ventanas.»

El fraile guardó silencio y se encogió de hombros. Los demás hicieron lo mismo.

El duque, animado por la voz del plebeyo, que tan grande ascendiente había alcanzado sobre la asamblea, continuó dando algunas órdenes para que al siguiente dia pudiese él al frente de un ejército compuesto de toda la gente útil de la

ciudad, salir á buscar á Zelim-Almanzor en sus montañas de Espadan.

Cuando llegó el caso de elegir gefes no vaciló en la elección. El señor de Alcacer fue nombrado para comandar la infantería, y D. Diego Ladrón, vizcondé de Chelva, debía ponerse al frente de la caballería.

La elección del segundo no fué muy del agrado del gobernador; pero el gesto de disgusto que hizo no pudo ser notado por muchos, porque la alegría y el entusiasmo se habia apoderado de la asamblea, y solo se pensaba en que llegara la hora de montar á caballo para volar en busca del enemigo.

Durante el resto del día los vecinos de la ciudad vieron por todas partes los aprestos de guerra que se hacian, y que la plebe se agolpaba á la puerta de la casa del consejo para proveerse de alabardas y arcabuzes. Las patrullas recorrían las calles, y las ventanas de las casas se abrian y dejaban ver los rostros de los vecinos que acudían á verlas pasar. Los moriscos que habitaban en la ciudad recibieron orden de evacuarla, y los pobres, al verse fuera de ella, maldijeron el nombre cristiano, y se dirigieron á formar parte de los sublevados.

Con estos y otros preparativos llegó la noche. La luna brilló tranquila sobre la conmovida ciudad de Valencia, y numerosas estrellas se dibujaron en el celeste espacio. Los reverendos frailes, en cuyos conventos habian resonado ruidos nunca oídos, se pusieron tambien sobre las armas, obedeciendo las órdenes del consejo, y esperaban detrás de las troneras abiertas en las paredes el momento de hacer fuego al enemigo.

CAPITULO XXVI.

El incógnito.

El sol doraba las elevadas torres de la casa del consejo, y sus rayos penetrando por sus anchas ventanas jugueteaban con las brillantes armaduras de aquellos á quienes vimos el dia anterior en la casa del señor D. Gerónimo Cabanilles vestidos de seda y terciopelo. Estaba allí desde muy temprano el intrépido D. Diego Ladron, armado de pies á cabeza y ciñendo una espada cuyas ricas labores habian llamado hácia ella la atencion de muchos. Tampoco se habia descuidado en ser de los primeros en acudir á la casa del consejo el señor de Alcacer, que fue recibido en la plaza con una salva de aplausos, prueba inequívoca de las simpatias que habia alcanzado entre la plebe. Esperaban ademas impacientes la hora de montar á caballo veinte nobles valencianos, entre los cuales se descubria al vicecanciller Frigola, al apuesto Fenollet, y al jóven Juan de Borja.

Don Alonso de Aragon, duque de Segorbe, no estaba lejos de estos caballeros, y apartando una cortina de damasco era fácil verle en otro salon inmediato en donde estaba con los jurados.

El duque se ocupaba en dar disposiciones para el caso posible en que el enemigo se atreviera á cercar la ciudad. Su semblante estaba tranquilo, revelando que la guerra no intimidaba á aquel hombre nacido para hacer frente á los mayores contratiempos, como la roca escondida en el mar que recibe altiva la furia de las tempestades; sin embargo, el cansancio y el insomnio habian impreso, aunque ligeramente, sus pálidas tintas en sus pronunciadas mejillas.

Mientras esto sucedia en el interior de la casa del consejo, por la parte de afuera la plebe se removia y zumbaba como las

abejas alrededor de una colmena. Habíanse suspendido los trabajos ordinarios, se habían cerrado los talleres y las tiendas, y los valencianos en tropel habían acudido desde antes de lucir el día á contemplar el ejército formado de entre sus mas esforzados hijos, organizado en una noche y que en número de ocho mil se estendia desde la plaza de los Apóstoles á la puerta de Serranos.

La caballería formaba toda en la plaza para marchar á retaguardia, y era gusto ver aquel hermoso peloton de ginetes vestidos de diferentes colores y con armas diversas, que hacian caracolear á sus fogosos caballos. La mayor parte de tales soldados pertenecia á la nobleza. Eran segundones ó parientes de familias nobles que no tenian mas bienes de fortuna que la espada que con tanto orgullo ceñian, y que mas de una vez habían teñido en sangre en las guerras ó en los duelos. La esperanza del botin halagaba á estos nobles pobretones, y lejos de mirar la sublevacion de los moriscos como un mal para su reino, ardian en deseos de penetrar en las fragosidades de Espadan para apoderarse de los tesoros de los sublevados. Véanse entre aquella tropa de caballería muchos estudiantes que habían cambiado la sotana por la coraza, y que movidos del deseo de armar camorra como en las aulas, espoleaban á sus pobres caballos para alarmar á los vecinos honrados, y para hacer correr á las mugeres y gritar á los niños.

En tan memorable dia las valencianas habían tambien salido de sus casas para ir á ocupar sitios en los balcones, desde los cuales debia verse marchar al ejército expedicionario. Escusado será el decir que las que eran hermosas tenían al pié de sus ventanas ó balcones apuestos ginetes que habían abandonado la formacion para entablar con ellas diálogos de despedida, sin cuidarse mucho de la gente que refunfuñaba y maldecia alrededor de sus jugueteros caballos. Mas de un semblante se entristeció al pensar que aquellos decididos caballeros partian á la guerra, y que la muerte era la primera que en todas ellas sale á campaña.

Oyóse de repente un ligero murmullo junto á la puerta de

Serranos, hacia cuyo punto comenzó á correr la gente. Cundió el alboroto por todas partes, y recorrió las dobles filas de soldados como una chispa eléctrica.

Un caballero montado en un precioso caballo alazán acababa de entrar en la ciudad, pero no era esto lo que habia producido el alboroto de que hemos hablado, sino que el tal caballero se habia presentado ante los ojos de la multitud de una manera capaz de llamar la atención, no en aquel momento en que la gente andaba revuelta, sino en cualquiera otra circunstancia tambien. Venia lleno de polvo y cubierto de pies á cabeza con armas empavonadas. Ocultaba su rostro debajo de la celada, y adornaba su casco una pluma negra como su armadura.

—¿Quién es ese hombre? se preguntaban todos á la vez; y nadie se atrevia á contestar no sabiendo quien podria ser aquel misterioso caballero, que despreciando el murmullo de la plebe avanzaba por la calle de Serranos.

—Vendrá huyendo de los moriscos, exclamó un anciano.

—Mirad, mirad, dijo un soldado á un artesano que estaba á su lado, lleva el casco abollado.

—Sí, sí, es verdad; sin duda será de los de Almenara.

—¿No habeis observado una cosa? dijo un tercero.

—¿Qué? preguntó el soldado.

—Qué ciñe armas negras.

—¿Y eso qué significa, tio Vicente?

—Segun costumbre de los caballeros, ceñir tales armas significa ser desgraciado.

Entre tanto el desconocido habia llegado á los patios de la casa del consejo.

Apeóse del caballo, el cual entregó á un soldado de los que esperaban el momento de partir, y subió la ancha escalera sin cuidarse del rumor que producía su presencia.

Al llegar al salon que precedia al que ocupaban el duque de Segorbe y los jurados, se encontró con la flor de la nobleza valenciana, que como el lector recordará, esperaba impaciente la hora de montar á caballo.

El desconocido no pareció alarmarse al ver aquella lucida oficialidad, y con el mismo paso que habia cruzado los corredores ocupados por los vergueros y los ugieres del consejo, cruzó tambien aquel vasto salon, haciendo sonar sus espuelas manchadas con la sangre de su caballo. Llegó hasta la puerta que daba entrada al salon de sesiones, donde á la sazón se hallaban el duque y los jurados, y sin cuidarse de preguntar al portero si se podia entrar, apartó la cortina, abrió la puerta y entró en el salon.

El duque y los jurados no poco sorprendidos de ver á aquel personaje en el estado que se presentaba, se levantaron maquinalmente.

«Tranquilizaos, señores, dijo el incógnito.

—¿Quién sois? preguntó el duque.

—En cuanto á mi nombre, poco importa el saberlo.

—Sin embargo, tenemos necesidad de saber quien se pone á nuestras órdenes, dijo el duque.

—El consejo, añadió un jurado, no recibe servicios de personas que no les son conocidas.

—Si el que ya ha derramado su sangre en defensa de su patria y de su religion puede prometerse alguna consideracion de vuestra parte, me atreveré á pedirós que me permitais guardar el incógnito. Algun dia sabreis los motivos que me obligaron á presentarme asi.»

Los jurados cambiaron miradas de asombro con el duque, el cual preguntó.

«¿Habeis estado en el encuentro de Almenara?

—Mis soldados fueron los que alli vencieron al enemigo obligándole á retroceder.

—Segun eso, ¿vos sois gefe de aquellos valientes?

—Sí, señores, dijo el incógnito. Mi ódio al que se ha sublevado en España no me permitió esperar, como otros tantos ilustres caballeros, el que se organizase un ejército para salir á combatirle. Desde el momento en que supe lo que habia sucedido en la sierra, monté á caballo, y bien provisto de armas y dinero, salí á campaña con mis criados y mis arrendatarios;

ofrecí dinero y botín, y pronto ví reunirse á mi pequeña escolta toda la gente perdida de los alrededores. Me hallaba en las inmediaciones de Almenara, y después de haber pasado revista á mi tropa, cuyo número habia ascendido á trescientos, contando los cincuenta de á caballo que formaban mi partida, supe por uno de mis espías que los moriscos habian hecho movimiento, y que una columna avanzaba á paso doble hácia Almenara con direccion á la ribera del Júcar. Cerca de nosotros se levantaba una montaña, y mandé que mi gente tomara posiciones en ella: desde su cumbre se descubria el camino por donde debia pasar el enemigo. Cuando llegó la noche impuse silencio á mis soldados, prohibí encender hogueras, y emboscados detras de espesos matorrales, nos dispusimos á esperar el momento de lanzarnos sobre el enemigo. Un espía vino echando los bofes á decirme que los moriscos avanzaban, y que no tardaria media hora en verlos pasar por el camino que serpenteaba á la falda del monte en el cual estábamos situados. Asi sucedió en efecto, y ví con sorpresa de alegría que la gente de á caballo avanzaba sola en una masa compacta. Mandé á mis soldados que descendiesen con sigilo hasta poder hacer una descarga al enemigo sin perder el monte, y yo, con mis cincuenta caballos conducidos por la brida, llegué á un viñado en donde mandé hacer alto. Cuando calculé que la gente de á pié habia llegado al punto desde el cual llevaba orden de disparar, hice montar á caballo á los que me seguian, y esperé la descarga que debia sorprender al enemigo y hacernos dueños del campo. No me engañé; oidos aquellos disparos que parecian salir de la tierra, la caballería morisca perdió el orden de formacion y se puso en retirada. En aquel momento avancé á salirles al encuentro con mis ginetes, y se trabó una lucha terrible que duró media hora. El enemigo, repuesto de su sorpresa, habia resistido vigorosamente nuestras cargas; mas deseando mis soldados quedar pronto vencidos ó vencedores, se lanzaron sobre la caballería morisca, y ésta, no pudiendo resistir aquel último esfuerzo, volvió grupas y dejó el campo por nuestro. En aquel momento, atendiendo mas á los impulsos del corazon que